

En una calle de Recoleta, hace años, en el acto de los anhelos, Fernando Castillo llegó un poco tarde, en ese momento estaba aún en la intendencia de Santiago, ya todos los participantes habían escrito sus anhelos en grandes papeles que estaban tendidos en el suelo para ser leídos por Virgilio como un poema. Me acerque a el y le pregunté si tenia un anhelo que agregar, después de pensar un momento socarronamente me dijo: "A mi edad ya he cumplido todos mis anhelos, ¿qué mas puedo desear?" como yo lo miré incrédulo, luego me dijo al oído: "si hay uno" Se detuvo un instante mas para agregar en un susurro: "El poder".

No sabemos si hoy nos oye, como habría sido seguramente su deseo, por lo tanto no me dirigiré a el, sino a los presentes para tratar de entender juntos ese susurro que fue su anhelo y que creo lo consiguió con creces de un modo muy especial.

Fue el poder directo de su palabra, de su actitud ante la vida, ante la política, ante la arquitectura, ante las personas que lo rodearon, no solo la autoridad de una vida recta sino el poder que significa establecer la realidad.

Fernando no fue una persona que aceptara el mundo que le toco vivir, siempre quiso modificarlo según su voluntad, sus principios o sus creencias y luchó con perfecta claridad por establecer esa nueva realidad y lo logró y por eso fue reconocido, no por su bondad o generosidad, que la tuvo en abundancia, sino por el poder de determinar la realidad a la cual atenerse.

Esa fue la cercanía que multitud de personas sintieron a su lado, de todos los ámbitos, esa era la paz que sentimos en su proximidad, nunca estuvimos mas atados a la realidad que junto a el.

Como arquitectos podríamos también calificarlo como un pionero de la arquitectura luchando solo frente al mundo, pero lo mas importante es que estableció en cada oportunidad una arquitectura adecuada de la cual ningún arquitecto pudo después abstraerse.

Fernando no transó ni en política como todos sabemos, ni en la arquitectura, como me consta; porque el que transa con la realidad es un inmoral, un traidor, alguien del cual uno no se puede fiar. Por el contrario, el incorruptible es el que funda en cada paso un mundo en el cual vivir. Esta es para muchos de nosotros su profunda herencia.